

**Jacques Lacan**

**Seminario 10  
1962-1963**

**LA ANGUSTIA**

**16**

**27 de MARZO de 1963<sup>1, 2</sup>**

...es por el hecho de nuestra Lucy Tower, que resulta que la he tomado como ejemplo, bajo cierto sesgo, de lo que llamaré las facilidades de la posición femenina — teniendo este término, “facilidad”, un alcance ambiguo — en cuanto a su relación con el deseo; digamos que lo que yo formulaba consistía en una suerte de menor implicación, lo que, a alguien, en la posición analítica, le ha permitido razonar al respecto, digamos, para nosotros, en su artículo llamado *Artículo sobre la contratransferencia*, si no de una manera más sana, al menos de una manera más libre.<sup>3</sup> Es cierto que, si ustedes leen ese texto, es en la

---

<sup>1</sup> Para los criterios que rigieron la confección de la presente versión, consultar nuestro prefacio: *Sobre esta traducción*. Para las abreviaturas que remiten a los diferentes textos-fuente de esta traducción, véase, al final de esta clase, el **Anexo 1**.

<sup>2</sup> La versión **FF/1**, así como su traducción **IA**, fechan erróneamente esta clase el 26 de Marzo.

medida en que, por medio de lo que llamaré su autocrítica interna, ella se dio cuenta de que, por efecto de lo que ella llama — aquí bastante sanamente — su contratransferencia, descuidó algo de lo que podríamos llamar la justa apreciación o el justo centrado del deseo de su paciente, que, sin que ella nos comunique, hablando con propiedad, lo que ella le dijo en ese momento, pues ella no nos dice nada más, sino que ella volvió, una vez más, sobre las exigencias transferenciales de ese paciente, pero al ponerle las cosas a punto, entonces, ella no pudo, haciendo esto, sino darle la impresión de que ella era sensible a algo cuyo descubrimiento ella misma acaba de hacer, a saber, que ese paciente, finalmente, se ocupa mucho más de su mujer, tiene más “consideración” por lo que sucede en el interior del círculo conyugal que lo que ella había sospechado. Parece que, por este hecho — al respecto, no podemos más que confiar en ella, pues así es como ella se expresa — que el paciente no puede, en este caso, sino traducir esa rectificación en estos términos — que son los de la propia Lucy Tower — que, en suma, su deseo, el de él, el paciente, está mucho menos desprovisto de influencia que lo que él creía sobre su propia analista, que, efectivamente, no está excluido que a esta mujer, que es su analista, él no pueda hasta cierto punto hacer algo con ella, doblegarla {*la courber*} — *to stoop* en inglés;<sup>4</sup> *She stoops to conquer*, es un título de una comedia de Sheridan<sup>5</sup> — doblegarla a su deseo. Al menos es, en sus propios términos, lo que Lucy Tower nos dice. Esto no quiere decir, desde luego — ella nos lo subraya igualmente — que ni por un instante sea cuestión de que esto se produzca. Ella está, a este respecto, como nos dice, más que suficientemente en guardia, no es un bebé — por otra parte, ¡cuándo una mujer lo es! — en todo caso *too ward off*...<sup>6</sup> —

---

<sup>3</sup> Lucy TOWER, *Countertransference*, in *Journal of the American Psychoanalytic Association*, vol. 4, 1956. «Contratransferencia», versión castellana de la Biblioteca de la Escuela Freudiana de Buenos Aires, cuyo texto suministramos en el **Anexo 2** de nuestra traducción de la clase 11 de este Seminario.

<sup>4</sup> *to stoop*: agacharse, doblar o inclinar el cuerpo; encorvarse, doblarse hacia delante; bajarse, humillarse, rebajarse; condescender; someter, abatir, etc.

<sup>5</sup> Richard Sheridan (1751-1816). — No obstante, Diana Estrin señala que el autor de esta obra atribuida por Lacan a Sheridan es Oliver Goldsmith, y el título completo de la misma es *She Stoops to Conquer or the Mistakes of a Night* — cf. Diana ESTRIN, *Lacan día por día*, editorial pieatierra, Buenos Aires, 2002. No he comprobado esta información.

es el término que ella emplea — ella está suficientemente sobre aviso. Pero no es ésa la cuestión. Por medio de esa intervención, de esa rectificación que aquí aparece al analizado como concesión, como apertura, el deseo del paciente es verdaderamente remitido a su lugar; lo que es precisamente toda la cuestión, es que ese lugar, él jamás ha podido encontrarlo. Es eso, su neurosis de angustia. Lo que ella encuentra en ese momento, es — lo hemos dicho la última vez — ese desencadenamiento en el paciente que es lo que ella expresa, a saber: a partir de ese momento, estoy bajo una presión que quiere decir que estoy escrutada, “escrutinizada”, como se dice en inglés *to scrutinize*,<sup>7</sup> de una manera que me da el sentimiento de que no puedo permitirme el menor descuido. Si en relación a lo que de alguna manera estoy puesta a prueba, pedacito por pedacito, pareciera por un sólo instante que no estoy en condiciones de responder a eso, ¡y bien!, es mi paciente quien va a estallar en mil pedazos.

Habiendo entonces buscado, ella, el deseo del hombre, lo que encuentra como respuesta, no es la búsqueda de su deseo, el de ella, es la búsqueda de *a*, del objeto, del verdadero objeto, de lo que está en juego en el deseo, que no es el Otro {*Autre*} A, que es ese resto, el *a*, el verdadero objeto.

Es ahí que está la clave, que está el acento de lo que hoy, entre otras cosas, quiero demostrarles. Que ella sostenga esa búsqueda, es lo que ella misma llama “tener más masoquismo de lo que creía”. Ahí — les he dicho esto porque ella lo escribe — entiendan bien que ella se engaña: ella no está hecha de ningún modo para entrar en el diálogo masoquista, como su relación con el otro paciente, el otro varón con el que la pifia tanto — van a verlo — lo demuestra suficientemente. Simplemente, ella aguanta muy bien, a pesar de que eso sea agotador, que ya no puede más; como se los he dicho la vez pasada, al acercarse sus vacaciones, felizmente, las vacaciones están ahí, como se los he dicho, de una manera que es para ella tan sorprendente como divertida, *amusingly*, en su carácter repentino, *suddenly*, se da cuenta de que, después de todo, todo eso, a partir del momento en que eso se detiene,

---

<sup>6</sup> *ward off...*, y no *ware of...*, como transcriben AFI y FF/1, remite a desviar, parar un ataque, rechazar, detener, evitar — yo corrijo.

<sup>7</sup> *to scrutinize*: “escudriñar”, “escrutar”. En cambio, *scrutiniser* no existe como tal en francés, salvo, en todo caso, como anglicismo.

no dura demasiado tiempo. Ella se sacude y piensa en otra cosa, ¿por qué? Es que, después de todo, ella sabe muy bien que él siempre puede buscar, que jamás ha sido cuestión que encuentre. Es justamente de esto que se trata, que él se dé cuenta de que no hay nada a encontrar. No hay nada a encontrar, porque lo que, para el hombre, para el deseo masculino, en este caso, es el objeto de la búsqueda, no le concierne, si puedo decir, más que a él. Eso es el objeto de mi lección de hoy.

Lo que él busca, es (-φ), es, si puedo decir, lo que le falta, a ella. Es un asunto de varón o de hombre. Ella sabe muy bien — déjeme decir, y no se embalen — ella sabe muy bien que no le falta nada, o más bien — volveremos sobre esto en seguida — el modo bajo el cual la falta {*manque*} juega en el desarrollo femenino no hay que situarlo a ese nivel, ahí donde es buscada por el deseo del hombre cuando se trata propiamente — y es por eso que lo he acentuado ante todo— de esa búsqueda sádica: hacer que brote lo que debe estar en el lugar, en el *partenaire*, en el lugar supuesto de la falta. Es de esto que es preciso que él haga su duelo. Digo esto porque, en el texto, ella articula muy bien que lo que ellos han hecho juntos, es ese trabajo del duelo. Una vez que él ha hecho su duelo de esto, de esa búsqueda, a saber, de encontrar en este caso, en su *partenaire*, en tanto que ella misma se ha propuesto, sin saber demasiado — hay que decirlo — lo que hacía, como un *partenaire* femenino — cuando él ha hecho su duelo de encontrar en ese *partenaire* su propia falta, (-φ), la castración primaria fundamental del hombre, tal como se las he designado a nivel — obsérvenlo — aquí, de su raíz biológica, de las particularidades del instrumento de la copulación a ese nivel de la escala animal, cuando él haya hecho su duelo de esto — es Lucy Tower quien nos lo ha dicho — todo va a marchar bien, es decir, que se va, con ese tipo que hasta entonces nunca había alcanzado ese nivel, a poder entrar en lo que ustedes me permitirán, en este caso, llamar “la comedia edípica”. En otros términos, vamos a poder empezar a divertirnos: ¡fue papá quien ha hecho todo eso! Pues, al fin de cuentas, es de eso que se trata, como desde hace tiempo se lo sabe, recuerden a Jones y el *moralisches Entgegenkommen*, la complacencia a la intervención moral: si él está castrado, es a causa de la ley. Se va a jugar la comedia de la ley, uno está allí mucho más cómodo, es bien conocido y está localizado. En resumen, he aquí al deseo de nuestro muchachito que toma las rutas en su totalidad trazadas por ¿qué? Justamente por la ley, demostrando una vez más que la norma del deseo y la ley son una sola y misma cosa.

¿Me hago entender lo suficiente? No tanto, porque no he dicho la diferencia, lo que había antes y lo que es franqueado a ese nivel como etapa y gracias a ese duelo. Lo que había antes era, hablando con propiedad, la falta *{faute}*<sup>8</sup>: él llevaba todo el fardo, todo el peso de su (-φ). Era — acuérdense del uso que hice en su momento del pasaje de San Pablo — era “desmesuradamente pecador”.<sup>9</sup>

Doy, entonces, el paso siguiente: la mujer no tiene, ustedes lo ven, ningún trabajo y, digamos, hasta cierto punto, ningún riesgo, en buscar lo que es del deseo del hombre. Pero en esta ocasión no puedo hacer menos que recordarles el célebre pasaje del texto atribuido a Salomón que he citado hace mucho, antes de este seminario, que se los doy aquí en latín, donde toma todo su sabor: *Tria sunt difficilia mihi*, dice, el rey de la sabiduría, *et quartum penitus ignoro* —hay cuatro cosas sobre las cuales no puedo decir nada, porque de ellas no queda ninguna huella—: *viam aquilae in coelo* — la de la estela del águila en el cielo, la de la serpiente sobre la tierra, la del navío en el mar — *et viam viri in adolescentula* — y la huella del hombre, el acento está puesto, incluso sobre la joven.<sup>10</sup> Ninguna huella. Ahí se trata del de-

---

<sup>8</sup> *faute* y *manque*: ambas pueden traducirse por *falta*, pero *faute* posee connotaciones de “error” (por ejemplo: error de cálculo o de ortografía), de “culpa”, de las que carece *manque*; mientras que en esta última priman las connotaciones de “ausencia”, “insuficiencia”, “carencia”, incluso “laguna”.

<sup>9</sup> Como en tantas otras ocasiones, Lacan remite aquí a la *Epístola a los Romanos*, en la que San Pablo dice la manera en que entiende se articulan el pecado y la ley. En particular, la remisión suele ser a los versículos Rm 3 7 (“<sup>7</sup>Pero si con mi mentira sale ganando la verdad de Dios para gloria suya ¿por qué razón soy también yo todavía juzgado como pecador?”), como en este caso, y más habitualmente a Rm 7 7-11 (“<sup>7</sup>¿Qué decir entonces? ¿Qué la ley es pecado? ¡De ningún modo! Sin embargo, yo no conocí el pecado sino por la ley. De suerte que yo hubiera ignorado la concupiscencia si la ley no dijera: ¡No te des a la concupiscencia! <sup>8</sup>Más el pecado, tomando ocasión por medio del precepto, suscitó en mí toda suerte de concupiscencias; pues si ley el pecado estaba muerto. <sup>9</sup>¡Ah! ¡Vivía yo un tiempo sin ley!, pero en cuanto sobrevino el precepto, revivió el pecado, <sup>10</sup>y yo morí; y resultó que el precepto, dado para la vida, me fue para muerte. <sup>11</sup>Porque el pecado, tomando ocasión por medio del precepto, me *sedujo*, y por él, me mató.”) — cf. *Biblia de Jerusalén*, Desclée de Brower, Bilbao, 1976. En los *Escritos* se encontrarán al menos dos referencias a esta articulación paulina, cf.: «Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología» y «Kant con Sade».

seo, y no de lo que adviene cuando es el objeto como tal lo que se hace valer. Eso deja entonces de lado los efectos, sobre la *adolescentula*, de muchas cosas, comenzando por el exhibicionista, y, detrás, la escena primitiva. Pero es de otra cosa que se trata.

Entonces, ¿por dónde tomar las cosas para concebir qué es lo que sucede en la mujer con esa cosa que sospechamos, donde también ella tiene su entrada hacia la falta *{manque}*? — Bastante nos machacaban las orejas con eso — con la historia del *Penisneid*. Es aquí que creo necesario acentuar la diferencia: desde luego que para ella hay también constitución del objeto *a* del deseo, puesto que resulta que las mujeres hablan, ellas también. Uno puede lamentarlo, pero es un hecho. Por lo tanto, ella quiere, ella también, el objeto, e incluso un objeto en tanto que ella no lo tiene. Es precisamente esto lo que Freud nos explica, que para ella esa reivindicación del pene permanecerá hasta el final ligada esencialmente a la relación con la madre, es decir, a la demanda. Es en la dependencia de la demanda que se constituye ese objeto *a* para la mujer. Ella sabe muy bien — si me atrevo a decir: algo sabe en ella — que, de lo que se trata en el Edipo, no es de ser más fuerte, más deseable que la madre — eso, en el fondo, ella advierte bastante rápido que el tiempo trabaja para ella — es de tener el objeto. La profunda insatisfacción de la que se trata en la estructura del deseo es, si puedo decir, pre-castrativa. Si resulta que ella se interese como tal en la castración, (-φ), esto es, en tanto que ella va a entrar en los problemas del hombre, es secundario, es déutero-fálico, como con mucha precisión lo ha articulado Jones, y es alrededor de eso que gira toda la oscuridad del debate, al fin de cuentas jamás resuelto, sobre ese famoso falicismo de la mujer, debate en el cual yo diría: todos los autores tienen igualmente razón, a falta de saber dónde está verdaderamente la articulación.<sup>11</sup> Yo no pretendo que ustedes la conserven sos-

---

<sup>10</sup> Cf. *Proverbios*, 30 18-19: “Tres cosas hay que me desbordan / y cuatro que no conozco: / el camino del águila en el cielo, / el camino de la serpiente por la roca, / el camino del navío en alta mar, / el camino del hombre en la doncella.” — *Biblia de Jerusalén*, Editorial Española Desclée de Brouwer, Bilbao, 1976, p. 871.

<sup>11</sup> Sobre la articulación de Jones y “el debate al fin de cuentas jamás resuelto, sobre el famoso falicismo de la mujer”, se consultará con provecho la reseña «La phase phallique et la portée subjective du complexe de castration», en *Scilicet*, n° 1, Éditions du Seuil, Paris, 1968, de la que se conoce una traducción: «La fase fálica y el alcance subjetivo del complejo de castración» publicada como ficha que probablemente se encuentra en la Biblioteca de la E.F.B.A. — Dicho artículo se

tenida, presente y viva, y localizable inmediatamente en vuestra mente, pero entiendo llevarlos a sus alrededores por bastantes caminos, para que terminen por saber ahí dónde pasa eso y ahí dónde se da un salto cuando se teoriza. Para la mujer, es inicialmente lo que ella no tiene, como tal, que va a devenir, que constituye al comienzo, el objeto de su deseo, mientras que al comienzo, para el hombre, es lo que él no es, es ahí donde él desfallece. Es por eso que los hice avanzar por esa vía del fantasma de Don Juan. El fantasma de Don Juan — y es en esto que es un fantasma femenino — es el anhelo, en la mujer, de una imagen que juegue su función, función fantasmática, que haya uno, hombre, que lo tiene desde el vamos, lo que evidentemente es, vista la experiencia, un evidente desconocimiento de la realidad, pero mucho más todavía: que él lo tiene siempre, que no puede perderlo. Lo que implica justamente la posición de Don Juan en el fantasma, es que ninguna mujer puede tomárselo, esto es lo que es esencial, y es evidentemente — es por eso que he dicho que es un fantasma femenino — lo que él tiene en este caso de común con la mujer, a quien, desde luego, no se le puede tomar, puesto que ella no lo tiene. Lo que la mujer ve en el homenaje del deseo masculino, es que ese objeto, digámoslo, seamos prudentes, se vuelve de su pertenencia. Esto no quiere decir nada más que lo que acabo de avanzar anteriormente: que no se pierde. El miembro perdido de Osiris, tal es el objeto de la búsqueda y de la custodia de la mujer.<sup>12</sup> El mito fundamental de la dialéctica sexual entre el hombre y la mujer está ahí, suficientemente acentuado por toda una tradición, y también, lo que la experiencia “psicológica” — entre comillas, en el sentido que tiene este término en los escritos de Paul Bourget — de la mujer, ¿no nos dice que una mujer piensa siempre que un hombre se pierde, se extravía con otra mujer? Don Juan le asegura que hay un hombre que no se pierde en ningún caso.

---

encontrará en: Claude CONTÉ, *Lo real y lo sexual*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1996 (los artículos sin firma de *Scilicet*, casi siempre terminaron recuperándose de su al parecer doloroso anonimato).

<sup>12</sup> En la mitología egipcia, la leyenda cuenta que el bondadoso y paternal dios Osiris fue asesinado por su hermano el dios Seth o Tifón (el mal). Para evitar que resucitara, Seth dividió el cadáver de Osiris en catorce pedazos, que dispersó y ocultó en diferentes lugares de Egipto, arrojando el sexo a las aguas del Nilo. Isis, hermana y esposa de Osiris, recorre todo Egipto hasta que logró recuperar y reunir los restos, excepto el falo, devorado por los oxirrinco del Nilo, por lo que la diosa lo sustituyó por un falo hecho de sicómoro (las versiones de la leyenda varían, pero la esencia está en este pobre resumen).

Evidentemente, hay otras maneras privilegiadas, típicas, de resolver este difícil problema de la relación con el *a* para la mujer, otro fantasma, si ustedes quieren. Pero, en verdad, eso no ocurre naturalmente, no es ella quien lo ha inventado. Ella lo encuentra *ready made*. Desde luego, para interesarse en él, es preciso que ella tenga, si puedo decir, cierto tipo de estómago. Considero, si puedo decir ahí, en el orden de lo normal, ese tipo de imponente cojedora cuyo más noble ejemplo nos da Santa Teresa de Avila,<sup>13</sup> y cuyo acceso, éste, más imaginario, nos es dado por el tipo de la enamorada de sacerdote, una muesca más: la erotómana. Su matiz, su diferencia es, si puedo decir, por el nivel donde \*se adhiere\*<sup>14</sup> el deseo del hombre con lo que él representa de más o menos imaginario como enteramente confundido con el *a*. He aludido a Santa Teresa de Avila, también hubiera podido hablar de la bienaventurada Margarita María Alacoque,<sup>15</sup> ella tiene la

---

<sup>13</sup> Santa Teresa de Ávila, también conocida como Santa Teresa de Jesús (1515-1582). El *Libro de su vida* es testimonio de su vida y de su experiencia mística. Otras obras: *El libro de las relaciones*, *El libro de las fundaciones*, y tal vez la más importante: *Las Moradas*.

<sup>14</sup> En verdad, Lacan dice, según las dos fuentes francesas consultadas, *se collabe*. Curiosamente, el verbo *collaber* no figura en el *Petit Robert*, como tampoco — me asegura mi amiga Virginia Hasenbalg, psicoanalista de la *Association Freudienne Internationale*, a quien consulté al respecto— en el *Larousse* bilingüe ni en el tan mencionado por Lacan *Bloch et Von Wartburg*. Mi traducción por “se adhiere” me fue sugerida por los primeros informes de dicha corresponsal, quien suponía que se trataba de un término quirúrgico que remitía a algo que, separado como los dos labios de una herida, se reúne; a lo que añadía: “en la AFI la gente lo usa en relación con la *béance*: en la neurosis obsesiva se trata de hacer desaparecer la hiancia entre  $S_1$  y  $S_2$ ”. Una segunda comunicación, tras consulta de diccionarios médicos, confirmó la primera suposición: se trata de la técnica del *colapso* provocado del pulmón en el antiguo tratamiento de la tuberculosis.

<sup>15</sup> Santa Margarita María Alacoque (1647-1690), religiosa francesa que propagó la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Una imagen capaz de anticiparnos sobre lo que Lacan dirá luego en el Seminario, en relación a este objeto en su papel de causa ligada al cuerpo, e incluso lo que no deja de llamar “tripa” y “tripa causal”, nos la proporciona Simone de Beauvoir en el capítulo dedicado a «La mística» de su libro *El segundo sexo*: “Ya se sabe que María Alacoque limpió con la lengua los vómitos de una enferma. Describe en su autobiografía la felicidad que sintió cuando se llenó la boca con los excrementos de un hombre enfermo de diarrea. Jesús la recompensó manteniéndola durante tres horas con los labios pegados contra Su



ventaja de permitirnos reconocer la forma misma del *a* en el Sagrado Corazón. Para la enamorada de sacerdote, es cierto que es en la medida en que algo de lo que no podemos decir, de un modo totalmente crudo, que es la castración institucionalizada lo que basta para establecerlo, es de todos modos en ese sentido — ustedes van a verlo, que avanzaremos — que el *a* minúscula, como tal, se hace valer perfectamente aislado, propuesto como el objeto elegido de su deseo. Para la erotómana, no hay necesidad de que el trabajo esté preparado: ella misma lo hace.

Y aquí estamos, entonces, reconducidos al problema precedente, a saber, lo que podemos articular de las relaciones del hombre — es él, él sólo, quien puede darnos su clave — de la relación de esos diversos *a* tales como se proponen o se imponen, o de los que uno más o menos dispone por relación a lo que no se discierne, no se define y no se distingue como tal, es decir, dando su último estatuto al objeto del deseo, más que en esa relación con la castración.

Les pediré que vuelvan por un instante a mi estadio del espejo. Hace mucho, pasaron una película que se había hecho en alguna parte, en Inglaterra, en una escuela especializada en su esfuerzo por hacer pegar lo que podía darnos la observación del niño por relación a la genética psicoanalítica; el valor de ese documento era tanto mayor cuanto que esa observación, esa filmación, había sido hecha verdaderamente sin la menor idea preconcebida. Se trataba, porque se había cubierto todo el campo de lo que puede observarse, de la confrontación del pequeño *baby*, macho y hembra, con el espejo. Allí se confirmaban plenamente, además, las fechas iniciales y terminales que yo había dado. Recuerdo que esa película fue una de las últimas cosas que se hayan presentado en la Sociedad Psicoanalítica de París, antes de que nos separáramos de ella.<sup>16</sup> La separación estaba muy próxima, y tal vez en ese momento sólo se la consideró con un poco de distracción; pero, les aseguro, yo tenía toda mi presencia de ánimo, y me acuerdo todavía de esa imagen sobrecogedora donde se representaba a la niñita confronta-

---

Sagrado Corazón” — *op. cit.*, tomo II, «La experiencia vivida», Ediciones Siglo Veinte, Buenos Aires, 1968, p. 483.

<sup>16</sup> Se trata de *la escisión de 1953*. Lacan se va de la Sociedad Psicoanalítica de París, primera institución psicoanalítica de Francia, fundada en 1926, de la que en ese momento era Presidente, y adhiere a la nueva Sociedad Francesa de Psicoanálisis, fundada por Lagache, Dolto y Favez-Boutonier.

da al espejo. Si hay algo que ilustra esa referencia a lo no especularizable, que la ilustra, que la materializa, concretiza, esa referencia a lo no especularizable que puse de relieve el año pasado,<sup>17</sup> es precisamente el gesto de esa niñita, esa mano que pasaba rápidamente sobre la *gamma*<sup>18</sup> de la confluencia del vientre y de los dos muslos, como una especie de momento de vértigo ante lo que ella ve.

En cuanto al varoncito, pobre huevón, él mira la canillita problemática. Conjetura vagamente que hay ahí algo extraño. Es preciso que él aprenda — a sus expensas, ustedes lo saben — que, si podemos decir, lo que él tiene ahí, eso no existe, quiero decir, al lado de lo que tiene papá, de lo que tienen los hermanos mayores, etc...; ustedes conocen toda la primera dialéctica de la comparación. Aprenderá después que, no solamente eso no existe, sino que eso no quiere saber nada, o, más exactamente, que eso no hace otra cosa que lo que se le ocurre. Para decirlo todo, no es más que paso a paso, en su experiencia individual, que debe aprender a tacharlo del mapa de su narcisismo, justamente para que eso pueda comenzar a servir para algo. No digo que esto sea tan simple, sería verdaderamente insensato atribuírmelo. Desde luego, naturalmente, tanto como, si puedo decir, más se lo hunde, más vuelve eso a subir a la superficie, y al fin de cuentas, como ese juego — ahí no hago más que darles una indicación, pero, en fin, una indicación que confluirá, pienso, bastante, con lo que ha podido indicárseles de la estructura fundamental de lo que ridículamente se llama la perversión — como ese juego, es el principio del apego homosexual. El apego homosexual, es: yo juego a quien pierde gana. A cada instante, en el apego homosexual, es esta castración la que está en juego, y esta castración que lo asegura, al homosexual, que es precisamente eso, el (-φ), que es el objeto del juego. Es en la medida en que pierde que él gana.

Llego entonces con esto a ilustrar lo que, para mi asombro, constituyó un problema, la vez pasada, en mi evocación del pote de mostaza. Uno de mis oyentes particularmente atento me dijo: “Eso andaba bien, ese pote de mostaza, al menos, éramos un cierto número los que no nos ofendimos demasiado con eso. Pero he aquí que usted rein-

---

<sup>17</sup> Jacques LACAN, Seminario 9, *La identificación* (1961-1962).

<sup>18</sup> Lacan se refiere a la tercera letra del alfabeto griego: γ.

troduce ahora la cuestión del contenido. Usted lo llena a medias ¿con qué?” Vayamos a eso, entonces. El (-φ), es eso, el vacío del florero,<sup>19</sup> el mismo que define al *homo faber*. Si la mujer, se nos dice, es primordialmente una tejedora, el hombre es seguramente el alfarero, y éste es incluso el único sesgo por donde se realiza, en la especie humana, el fundamento del estribillo por medio del cual, se nos dice, el hilo es para la aguja como la chica es para el muchacho: esta especie de referencia que se pretende natural, no es tan natural como pretende.

La mujer, desde luego, se presenta con la apariencia del florero. Y evidentemente esto es lo que lo engaña, al *partenaire*, el *homo faber* en cuestión, al alfarero. El se imagina que ese florero puede contener el objeto de su deseo. Pero, vean bien a dónde nos conduce eso, está inscripto en nuestra experiencia, lo hemos deletreado paso a paso — y es lo que quita a lo que les digo toda especie de apariencia de deducción, de reconstrucción — nos hemos dado cuenta de la cosa sin partir del todo del buen sitio en los \*comienzos\*<sup>20</sup>, pero nos hemos dado cuenta de eso mucho antes de comprender lo que eso quería decir. La presencia fantasmática del falo, entiendo del falo de otro hombre, en el fondo de ese florero, es un objeto cotidiano de nuestra experiencia analítica. Está bien claro que no tengo necesidad de volver una vez más a Salomón para decirles que esa presencia es una presencia enteramente fantasmática. Desde luego, hay algunas cosas que se encuentran dentro de ese florero, y muy interesantes para el deseo: el óvulo, por ejemplo, pero, en fin, éste viene del interior y nos prueba que, si hay florero, es preciso complicar el esquema aunque sea un poquito. Desde luego, el óvulo puede encontrar ventaja en los encuentros que prepara el malentendido fundamental, quiero decir que no es inútil que encuentre allí al espermatozoide, pero, después de todo, la partenogénesis futura no está excluida, y mientras tanto, la inseminación puede tomar formas muy diferentes. Por lo demás, si puedo decir, es en la trastienda que se encuentra el florero, el útero, en este caso, verdaderamente interesante. Es interesante objetivamente, y lo es también, al máximo, psíquicamente, quiero decir que desde que la maternidad está

---

<sup>19</sup> *vase*: “florero”, “jarrón”. Mantengo su remisión directa a la presentación del estadio del espejo con el modelo óptico (florero invertido, dos espejos, etc.).

<sup>20</sup> {*prémices*: “primicias”, “primeros frutos”, “comienzos”} — \**premisas* {*prémises*}\*

ahí, ella basta ampliamente para investir todo el interés de la mujer, y que en el momento del embarazo todas esas historias del deseo del hombre se vuelven, como sabemos, ligeramente superfetatorias.



Entonces, volvamos, puesto que hay que hacerlo, a nuestro pote del otro día, a nuestro honesto potecito de las primeras cerámicas, e identifiquémoslo a  $(-\phi)$ . Déjenme, para la demostración, poner aquí, por un momento, en un potecito vecino, lo que para el hombre puede constituirse como  $a$ , el objeto del deseo. Esto es un apólogo, este apólogo está destinado a acentuar que  $a$ , el objeto del deseo, para el hombre, no tiene sentido sino cuando ha sido vuelto a verter en el vacío de la castración primordial.

Esto, por lo tanto, no puede producirse bajo esta forma, es decir, constituyendo el primer nudo del deseo masculino con la castración, más que a partir del narcisismo secundario, es decir, en el momento en que  $a$  se desprende, cae de  $i(a)$ , la imagen narcisista. Ahí está lo que yo llamaré, indicándolo hoy para volver sobre eso, y por lo demás — pienso que se acuerdan de eso — no introduciendo aquí nada que ya no haya acentuado, un fenómeno que es el fenómeno constitutivo de lo que podemos llamar el *borde*. Como se los he dicho el año pasado, a propósito de mi análisis topológico, no hay nada más estructurante de la forma del florero que la forma de su borde, que el corte donde se aísla como florero.

En un tiempo — lejano — en que se esbozaba la posibilidad de una verdadera lógica vuelta a hacer según el campo psicoanalítico — ella está por hacer, aunque yo les haya dado de ella más de un anticipo — grande y pequeña lógica, digo lógica, no dialéctica, en el tiempo en que alguien como Imre Hermann había comenzado a consagrarse a ello de una manera ciertamente muy confusa, falta de toda articulación dialéctica — pero, en fin, esto ha sido esbozado — el fenómeno que él califica de *Randbevorzugung*, de elección, de preferencia del campo

fenomenal analítico por los fenómenos de “borde”, ya había sido — volveré sobre eso con ustedes — articulado por este autor.

Este borde del potecito, del potecito de la castración, es un borde, él, redondito, si puedo decir, bien honesto. No tiene ninguno de esos refinamientos de complicación en los que los he introducido con la *banda de Moebius*, y que es tan fácil, por otra parte, como se los he mostrado — ustedes se acuerdan de eso, pienso — una vez en el pizarrón, de realizar con un florero completamente material: basta con hacer que se unan dos puntos opuestos de su borde dando vuelta en el camino las superficies de manera que éstas se junten, como en la cinta de Moebius, y nos encontramos ante un florero en el que, de una manera sorprendente, se pasará, con la mayor facilidad, de la cara interna a la cara externa, sin haber franqueado jamás el borde. Eso, eso se produce a nivel de los otros potecitos, y es ahí que comienza la angustia.

Está claro que una metáfora como ésta no puede bastar para reproducir lo que hay que explicarles. Pero que ese potecito original tenga la mayor relación con lo que está en juego en lo que concierne a la potencia sexual, con el surgimiento intermitente de su fuerza, es lo que todo lo que yo podría llamar una serie de imágenes fáciles para poner ante vuestros ojos de una eroto-propedéutica, hasta incluso, para hablar con propiedad, de una erótica, vuelve completamente de fácil acceso. Una multitud de imágenes de esa índole, chinas, japonesas y otras, e, imagino, no difíciles de encontrar tampoco en nuestra cultura, les testimoniarían de ello. No es eso lo que es angustiante. Que el trasvasamiento, aquí, nos permita captar cómo el *a* toma su valor por venir al pote del  $(-\phi)$ , toma su valor por ser aquí  $*-a^{*21}$ , el florero medio vacío al mismo tiempo que está medio lleno — es lo que les dije la vez pasada — es evidente que para estar verdaderamente completo en mi imagen, es preciso que yo subraye que no es el fenómeno del trasvasamiento lo que es esencial, es el fenómeno al que acabo de aludir, de la transfiguración del florero, es decir, que ese florero se vuelve angustiante, ¿por qué? Porque lo que viene a llenar a medias el hueco

---

<sup>21</sup> Tal vez porque en este punto la copia de **FF/1** está bastante borrosa, **IA** escribe  $*a^*$ . Y aunque desde un punto doctrinal sea tal vez imposible sostener “ $-a$ ”, precisamente porque *a* no es un significante, en este punto dicha escritura se justificaría por la articulación que Lacan promueve entre *a* y  $(-\phi)$ . En cuanto a **AFI**, confirma  $*-a^*$ . Como se verá en el **Anexo 1**, en esta clase carecemos de la versión **JL**.

constituido por la castración original, es ese *a* minúscula en tanto que viene de otra parte, en tanto que no es soportado, constituido sino por intermedio del deseo del Otro. Y es ahí que volvemos a encontrar la angustia y la forma ambigua de ese borde que, tal como está hecho a nivel del otro florero, no nos permite distinguir ni interior, ni exterior.

La angustia, por lo tanto, viene a constituirse, a tomar su lugar en una relación más allá de ese vacío de un tiempo primero, si puedo decir, de la castración. Y es por esto que el sujeto no tiene más que un deseo en cuanto a esa castración primera, es volver a ella.

Luego de la interrupción que vamos a tener, les hablaré extensamente del masoquismo, y, desde luego, no es cuestión de que lo aborde hoy. Si quieren prepararse para ello, para escucharme sobre eso, doy ahora — es un lapsus de mi parte si no lo hice antes, cuando comencé a hablarles de él — la indicación de un artículo, valioso entre todos por estar nutrido de la experiencia más sustancial, es el artículo de un hombre que es precisamente uno de aquéllos a propósito de los cuales más puedo lamentarme de que las circunstancias me hayan privado de su colaboración, es el artículo de Grunberger, «Esbozo de una teoría psicodinámica del masoquismo», en el número de Abril-Junio de 1954, número 2 del tomo XVIII de la *Revue Française de Psychanalyse*.<sup>22</sup> Que yo sepa, ni siquiera en otra parte se le ha dado a este artículo la suerte que merece, pero no trataré de decidir si es al hecho de que apareció a la sombra de los fastos de la fundación del Instituto de Psicoanálisis que se debió su olvido.<sup>23</sup> Pero ustedes verán en él — de ningún modo está ahí la última palabra — verán en él apuntado — no lo invoco aquí más que para mostrarles inmediatamente el valor del material que podemos encontrar en él — verán en él apuntado, al despuntar, la luz de la observación de la sesión analítica, cómo el recurso a la imagen misma de la castración, “¡ah, lo que yo quisiera que me las corten!”, puede llegar como salida apaciguante, saludable, para la

---

<sup>22</sup> Béla GRUNBERGER, *Esquisse d'une théorie psycho-dynamique du masochisme*. Versión castellana: «Esbozo de una teoría psicodinámica del masoquismo», traducción de Beatriz Rajlin, en *Imago*, Revista de Psicoanálisis, Psiquiatría y Psicología, N° 15, Editorial Letra Viva, Buenos Aires, Septiembre de 1993.

<sup>23</sup> El Instituto de Psicoanálisis de la Sociedad Psicoanalítica de París, fundado en 1952, tuvo muchísimo que ver con la inmediata escisión de 1953, ya mencionada en una nota anterior.

angustia del masoquista. No es eso — lo subrayo — fenómeno que sea la última palabra de esa compleja estructura; pero igualmente he esbozado bastante mi fórmula al respecto, como para que ustedes sepan que yo apunto, en este caso, quiero decir en cuanto al \*lazo\*<sup>24</sup> de la angustia con el masoquismo, en un punto completamente diferente de ese punto interior a lo que podría llamar la conmoción {*émoi*} momentánea del sujeto. Esto no es más que una indicación que yo encuentro allí. Pero ese tiempo de la castración en tanto que el sujeto vuelve a él, en tanto que se vuelve un punto de su intención, nos vuelve a conducir a lo que ya he acentuado al final de uno de mis últimos seminarios en lo que concierne a la circuncisión.

Yo no sé, Stein, en qué punto se encuentra usted del comentario que prosigue de *Tótem y tabú*, y si esto lo llevó también a abordar *Moisés y el monoteísmo*. Pienso que usted no puede hacer otra cosa que llegar a él, y allí quedar entonces sorprendido por el escamoteo total del problema, no obstante estructurante si lo hay, si es preciso encontrar a nivel de la institución mosaica algo que refleje en ella el complejo cultural inaugural, de saber cuál fue en ese punto la función de la institución de la circuncisión. Ustedes deben darse cuenta de que en todo caso hay algo en esa ablación del prepucio que no pueden dejar de aproximar a ese curioso objetito retorcido que un día les hice pasar entre las manos, materializado, para que vean cómo se estructura eso una vez realizado bajo la forma de un pedacito de cartón, ese resultado del corte central a lo que aquí les he ilustrado, encarnado por la forma del *cross-cap*, para mostrarles en qué ese aislamiento de algo, que se define justamente como una forma que encarna como tal lo no especularizable, puede tener que ver con la constitución de la autonomía del *a*, del objeto del deseo.

Que algo como un orden pueda ser aportado en ese agujero, ese desfallecimiento constitutivo de la castración primordial, es lo que yo creo que la circuncisión encarna en el sentido propio del término. El circunciso, y la circuncisión, tiene, por todas sus coordenadas, toda la configuración ritual, incluso mítica, los primordiales accesos iniciáticos que son aquellos donde ella se opera, la relación más evidente con la normativación del objeto del deseo. El circunciso está consagrado, consagrado incluso menos a una ley que a cierta relación con el Otro

---

<sup>24</sup> {*lien*} en todas las fuentes francesas — IA traduce como si dijera *lieu* {lugar}.

{*Autre*}, con el A mayúscula, y es por eso que se trata del *a* minúscula. Queda que estamos, en el punto a donde entiendo llevar el fuego del *sunlight*,<sup>25</sup> a saber, en el nivel donde podemos encontrar, en la configuración de la historia, algo que se soporta de una A mayúscula que es un poco, ahí, el Dios de la tradición judeo-cristiana, queda por ver lo que significa la circuncisión. Es extremadamente asombroso que, en un medio tan judaico como el medio del psicoanálisis, textos cien mil veces recorridos, desde los Padres de la Iglesia hasta los Padres de la Reforma, es decir hasta el siglo XVIII — y más todavía, para decirles como períodos fecundos de la Reforma — que esos textos no hayan sido reinterrogados. Sin duda lo que se nos dice, en el capítulo XVII del *Génesis*, en lo que concierne al carácter fundamental de la ley de la circuncisión en tanto que forma parte del pacto dado por Yahvé en la zarza,<sup>26</sup> la referencia de esta ley al tiempo de Abraham — es en esto que consiste ese capítulo XVII, esto es, en hacer fechar en Abraham la institución de la circuncisión — sin duda ese pasaje es una adición, parece, a la crítica exegética, es una adición sacerdotal, es decir, muy sensiblemente posterior a la tradición del Jehovista y del Elohista, es decir, a los dos textos primitivos de los que se componen los libros de la Ley<sup>27</sup> — tenemos sin embargo, en el capítulo XXXIV, el famoso episodio, que no carece de humor, que

---

<sup>25</sup> *sunlight*: proyector potente utilizado en los estudios cinematográficos.

<sup>26</sup> El episodio de la zarza ardiente que no se consumía, escenario del primer encuentro entre Yahvé y Moisés, lo encontramos en el capítulo 3 del *Éxodo*.

<sup>27</sup> Los “libros de la Ley” a remite los cinco primeros libros de la *Biblia*, conocidos con el término griego *Pentateuco* (“cinco libros”), mientras que la palabra hebrea que designa a estos primeros cinco libros es *Torá*, que significa “ley”. Estos cinco libros son: *Génesis*, *Éxodo*, *Levítico*, *Números* y *Deuteronomio*. En cuanto a los nombres *Jehovista* y *Elohista*, a los que convendría añadir el de *Documento Sacerdotal* —respectivamente Documentos J, E y S—, fuentes de la redacción definitiva de la *Torá*, sus denominaciones derivan de la manera en que cada uno se refiere a Dios: el primero como Yahvé (las cuatro letras hebreas que pueden transcribirse como YHVH, en la Edad Media, al suponerse erróneamente que podían fonetizarse con las vocales del nombre Adonai, más el hecho de que en latín la J inicial se pronuncia como Y, esto dio lugar al nombre Jehová, de aquí que a este Documento se lo denomine J), el segundo sólo utiliza el nombre Elohim (de ahí que a este Documento se lo denomine E). Información interesante relativa a estas fuentes a partir de las cuales está compuesto la *Torá*, se encontrará en el libro de Harold BLOOM y David ROSENBERG, *El libro de J*, Ediciones Interzona, Barcelona, 1995.



conciérne — ustedes lo saben — al rapto de Dina, hermana de Simeón y de Leví, hija de Jacob. Para obtenerla — pues para el hombre de Siquem que la raptó se trata de obtenerla de sus hermanos — Simeón y Leví exigen que él se circuncide: “No podemos dar nuestra hermana a un incircunciso, quedaríamos deshonrados”. Aquí tenemos evidentemente la superposición de dos textos; no se sabe si es un sólo hombre, o todos los siquemitas, quienes se hacen al mismo tiempo, en esta proposición de alianza que, desde luego, no podía hacerse a título solamente de dos familias, sino de dos razas, si todos los siquemitas se hacen circuncidar; resultado: quedan inválidos por tres días, de lo que se aprovechan los otros para ir a degollarlos. Este es uno de esos encantadores episodios que no podían entrar en las entendederas del señor Voltaire, y que le hicieron hablar tan mal de este libro admirable en cuanto a la revelación de lo que se llama, como tal, el significante.

Esto, de todos modos, está hecho para hacernos pensar que no es solamente de Moisés que data la ley de la circuncisión. Aquí no hago más que poner de relieve los problemas suscitados a propósito de esto.

Seguramente, de todos modos, puesto que se trata de Moisés, y puesto que Moisés, en nuestra esfera, estaría reconocido como siendo egipcio, no sería completamente inútil que nos formulemos la cuestión de lo que pasa con eso, en cuanto a las relaciones de la circuncisión judaica con la circuncisión de los egipcios.

Esto me hará excusar por prolongar todavía, digamos de 5 a 7 minutos, lo que hoy tengo que decirles, para que no pierdan lo que he escrito en el pizarrón.

Tenemos la seguridad, por cierto número de autores de la Antigüedad y especialmente ese viejo Heródoto, quien sin duda en alguna parte chochea, pero que a menudo es muy valioso, en todo caso, que no deja ningún tipo de duda en cuanto a que en su época, es decir, en muy baja época para los judíos, los egipcios en su conjunto practicaban la circuncisión; él la estima incluso tan prevalente que articula que es a los egipcios que todos los semitas de Siria y de Palestina deben esa costumbre. Mucho se ha epilogado al respecto; después de todo, no estamos forzados a creérselo. Esto, él lo propone extrañamente a

propósito de los colcos, de los que pretendería que serían una colonia egipcia. Pero dejemos.<sup>28</sup>

Griego como es — y después de todo, en su época, apenas puede ver en eso otra cosa — él hace de ella una medida de limpieza. Nos subraya que los egipcios prefieren el hecho estar limpio, *χαταρροι* {*cataroi*}, al de tener lo que se llama una bella apariencia, en lo cual Heródoto, griego como es, no nos disimula que le parece que, de todos modos, circuncidarse es siempre un poco desfigurarse.

Felizmente, tenemos testimonios y soportes más directos de la circuncisión de los egipcios. Tenemos dos testimonios que llamaré iconográficos — ustedes me dirán que esto no es mucho — uno es del Antiguo Imperio, está en Saqqarah, en la tumba del médico Ankhmahor.<sup>29</sup> Se dice que es un médico porque las paredes de la tumba están cubiertas de figuras de operaciones. Una de estas paredes nos muestra dos figuras de circuncisión, la otra está a la derecha de ésta, yo les he representado la que está a la izquierda. No sé cómo conseguí volver legible, o si conseguí volver legible, mi dibujo, que tiene la ambición de limitarse, y quizá de acentuar un poco, en este caso, las líneas tales como se presentan. Aquí está el muchacho a quién se circuncida y aquí está el órgano. Un muchacho, que está detrás suyo, le sostiene las manos, porque lo necesita; un personaje que es un sacerdote, sobre cuya calificación no me extendiendo hoy, está aquí; con una mano — es la mano izquierda — sostiene el órgano, con la otra, este objeto oblongo, que es un cuchillo de piedra. Este cuchillo de piedra, lo volvemos a encontrar en otro texto que hasta hoy ha permanecido completamente enigmático, texto bíblico que dice que después del episodio de la zarza ardiente, cuando a Moisés se le avisa de que ya nadie en Egipto se acuerda de él, más exactamente, que todos los que se acordaban del asesinato de un egipcio que él consumó, han desaparecido, que puede volver, él vuelve y, en el camino, el texto bíblico nos dice — en el camino, donde se detiene, se traduce antiguamente en una posada, pero dejemos — Yahvé lo ataca para matarlo. Es todo lo que se dice. Séfo-

---

<sup>28</sup> HERÓDOTO, *Historia*, Libro Segundo: *Euterpe*, 104-105. Los colcos son los habitantes de la Cólquide, al este del Mar Negro y al sur del Cáucaso.

<sup>29</sup> Yo restituí el nombre, que en los textos-fuente no figura o figura como \*Ank Maror (?)\*. Se trata de un visir de la 6ª dinastía, cuya tumba se encuentra a cuarenta kilómetros al sur de El Cairo. Fechas aproximadas: 2700-2000 A.C.

ra, su mujer, circuncida entonces a su hijo, que es un niño, y, tocando a Moisés, que *no es* circunciso, con el prepucio, lo preserva misteriosamente, por medio de esta operación, por medio de este contacto, del ataque de Yahvé, quien a partir de ahí lo abandona y lo deja, cesa su ataque. Está dicho que Séfora circuncida a su hijo con un cuchillo de piedra.<sup>30</sup>

Cuarenta y algunos años más, puesto que también está todo el episodio de las ordalías impuestas a los egipcios y de las Diez Plagas, en el momento de entrar en la tierra de Canaán, Josué recibe la orden: “Toma un cuchillo de piedra y circuncida a todos los que están ahí, que van a entrar en la tierra de Canaán”. Son aquéllos y solamente aquéllos que han nacido durante los años del desierto; durante los años del desierto, *no han* sido circuncisos. Yahvé añade: “Ahora, habré hecho rodar de encima vuestro” — lo que se traduce por “levantado”, “suspendido” — “el desprecio de los egipcios”.<sup>31</sup>

Les recuerdo estos textos, no porque tenga la intención de utilizarlos a todos, sino para suscitar en ustedes al menos el deseo, la necesidad de remitirse a ellos. Por el momento, me detengo en el cuchillo de piedra.

El cuchillo de piedra indica, en todo caso, en esa ceremonia, un origen muy antiguo, lo que está confirmado por el descubrimiento de Eliot Smith, cerca de Luxor, si mi recuerdo es bueno, probablemente en Magadeh (?), que tiene tantas otras razones para atraer nuestro interés en lo que concierne a esta misma cuestión de la circuncisión, de cadáveres del período prehistórico — es decir, no de cadáveres que estén momificados según \*las normas<sup>32</sup> que permiten fecharlos en la historia de Egipto — que llevan la huella de la circuncisión. El cuchillo de piedra, por sí solo, nos señalaría para esa ceremonia una

---

<sup>30</sup> *Éxodo*, 4 24-26.

<sup>31</sup> *Josué*, 5 2-9. En épocas relativamente recientes, por su materia íntimamente vinculada a la de los cinco primeros libros de la *Biblia*, y por considerarse que este sexto libro deriva de fuentes similares a las de los anteriores, suele emplearse la denominación *Hexateuco* (seis libros).

<sup>32</sup> {*les normes*} — \*les lornes\* (probablemente una errata de FF/1, tal palabra no existe)

fecha, un origen que es al menos de la época que definimos como la época neolítica.

Por lo demás, para que no haya ninguna duda, tres letras egipcias, estas tres, que son respectivamente una S, una B y una T, S(e)B(e)T, nos indican expresamente que se trata de la circuncisión. El signo aquí marcado es un apax, no se lo encuentra más que ahí; parecería que se trata de \*una forma\*<sup>33</sup> borrada, frustra, del determinativo del falo. Lo encontramos en otras inscripciones donde ustedes lo ven mucho más claramente inscripto.

Otro modo de designar la circuncisión es el que está en esta línea y se lee *FaHeT*, F, la H aspirada que está aquí, este signo que es aquí la placenta, y aquí la T, que es la misma que ustedes ven aquí. Aquí, un determinativo que es el determinativo de la ropa blanca,<sup>34</sup> no se pronuncia. Les ruego que hoy tomen nota de esto porque volveré a ello. Aquí, otra F designa “él”, y aquí el PaN, que quiere decir el prepucio. PaN quiere decir “ser separado de su prepucio”. Esto tiene igualmente toda su importancia, pues circuncisión no tiene que ser tomado únicamente como una operación, si puedo decir totalitaria, un signo. El “ser separado de algo” está, desde ese momento, en una inscripción egipcia, hablando con propiedad, articulado. Se los he dicho, no me adelanto tanto sino para que hoy no haya escrito eso inútilmente.

Esta función del prepucio, y que es, de algún modo, la meta, el valor que, en estas inscripciones, se da, si podemos decir, al peso del menor vocablo, el mantenimiento, si puedo decir, del prepucio como el objeto de la operación, así como aquel que la sufre, es una cosa cuya acentuación les ruego que retengan aquí, porque lo volvemos a encontrar en el texto de Jeremías, tan enigmático, también, tan ininterpretado hasta el presente, como aquel al que acabo de aludir ante ustedes, y especialmente el de la circuncisión por parte de Séfora de su hijo; tendré ocasión de volver sobre esto.

---

<sup>33</sup> {*une forme*} — \*un lorme\* (cf. nota anterior)

<sup>34</sup> {*du linge*} — el transcriptor de **FF/1** añadió al lado: (?).

Pienso que he bosquejado suficientemente la función de la circuncisión, entiendo, no solamente en sus coordenadas de fiesta, de iniciación, de introducción a una consagración especial, sino en su estructura misma de referencia, para nosotros esencialmente interesante, a la castración, en cuanto a sus relaciones con la estructuración del objeto del deseo; pienso que he bosquejado suficientemente las cosas en ese sentido como para poder retomarlas eficazmente más adelante con ustedes el día para el que les he dado nuestra próxima cita.

**establecimiento del texto,  
traducción y notas:  
RICARDO E. RODRÍGUEZ PONTE**

**para circulación interna  
de la  
ESCUELA FREUDIANA DE BUENOS AIRES**

**Anexo 1:**

**FUENTES PARA EL ESTABLECIMIENTO DEL TEXTO, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE ESTA 16ª SESIÓN DEL SEMINARIO**

- **AFI** — Jacques LACAN, *L'angoisse*, Séminaire 1962-1963. Publication hors commerce. Document interne à l'Association freudienne internationale et destiné a ses membres. Paris, 1998.
- **JL** — Jacques LACAN, *L'angoisse*, Séminaire 1962-1963. Versión dactilografiada, reproducida en la página *web* de *l'école lacanienne de psychanalyse*: <http://www.ecole-lacanienne.net/index.php3><sup>35</sup>
- **FF/1** — Jacques LACAN, *L'angoisse*, Séminaire 1962-1963. Fuente fotocopiada todavía no clasificada, se encuentra en la Biblioteca de la E.F.B.A. codificada como CG-181/1 y CG-181/2.
- **IA** — Jacques LACAN, Seminario 10, *La angustia*, impreso exclusivamente para circulación interna de la Escuela Freudiana de Buenos Aires, Traducción: Irene M. Agoff, Revisión Técnica: Equipo de Traductores de la E.F.B.A. y la colaboración de Isidoro Vegh y Juan Carlos Cosentino. Esta versión publicada originalmente en fichas, cuya fuente francesa es **FF/1**, se encuentra en la Biblioteca de la E.F.B.A. codificada como C-0698/01.

---

<sup>35</sup> Todo indica sin embargo, en este caso, que, sea por un error de los responsables de esta página, sea porque los mismos carecían de la versión **JL** de esta clase 16 del Seminario, la versión ofrecida no es otra que la que nosotros, provisoriamente, denominamos **FF/1**.